

## O'HIGGINS Y CARRERA

*Jorge Ibáñez Vergara*<sup>46</sup>

Las vinculaciones de Bernardo O'Higgins y José Miguel Carrera durante el proceso de la Independencia y la consolidación republicana, han dado origen a una controversia inacabable.

A pesar de la objetividad e imparcialidad de algunos autores, las banderías establecidas en torno a los próceres, han hecho de ellos los prototipos del odio exacerbado, en una configuración histórica generalmente aceptada como verdad.

Cierto es que, en el desarrollo de los hechos políticos y militares desde fines de la Patria Vieja, se registra esta efectiva enemistad que separa de modo irreconciliable a ambos próceres, prolongando este distanciamiento hasta nuestros días, por la pasión partidaria, asociada a los rencores de la familia.

Sin embargo, esta ruptura pasó por etapas de confianza y lealtades recíprocas, de amistad y respeto.

José Miguel Carrera, después de su permanencia en España, regresó a Chile en el año 1811, y llegó a la casa de sus padres en la víspera de un golpe que preparaba su hermano Juan José, apoyando la iniciativa de la familia Larraín, más conocida como "los ochocientos". Persuadió, entonces, a su hermano sobre la conveniencia de postergar el golpe, a fin de tener una participación en él. Juan José y Luis Carrera controlaban el pequeño contingente militar de Santiago, de tal manera que el golpe ahora encabezado por José Miguel, se llevó a efecto con facilidad, el 4 de septiembre de 1811.-

La nueva Junta generada a raíz de este primer golpe de Carrera, no consideró en ninguno de los cargos importantes a José Miguel y estimó que el mantenimiento de las funciones militares que desempeñaban Juan José y Luis era suficiente reconocimiento por su participación en el cambio de gobierno.

Sin demora, Carrera hizo saber su descontento y la Junta procedió a ofrecerle, a su elección, algunos de estos tres cargos: Sargento Mayor de Dragones, Gobernador de Coquimbo o una Comisión para representar el nuevo gobierno en el extranjero, distinciones que José Miguel rechazó.

Era de toda evidencia que Carrera se reservaba para cosas mayores. Tanto él como sus hermanos y especialmente su hermana, doña Javiera, se alejaron de la dominante influencia de los "ochocientos", y, halagando a los grupos realistas, formaron una nueva base de apoyo para otro golpe, que efectivamente dieron el 15 de noviembre de 1811.

---

<sup>46</sup> Vicepresidente Nacional del Instituto O'Higginiano de Chile. Autor de diversos ensayos históricos, en que se destacan "Visión de don Ambrosio O'Higgins", "Don Nicolás de la Cruz El Conde de Maule" y "O'Higgins El Libertador"

Es ahora cuando surgen las primeras vinculaciones entre Carrera y O'Higgins. La nueva Junta quedó integrada por Gaspar Marín, en representación de Coquimbo, José Miguel Carrera por Santiago y Juan Martínez de Rozas por Concepción. Previéndose que Martínez de Rozas, que había regresado a Concepción, no asumiera el cargo, ya que había formado parte de la Junta derrocada, se propuso a don Bernardo O'Higgins, Diputado entonces por Los Ángeles, para que asumiera estas funciones.

O'Higgins se negó inicialmente a aceptar el cargo, sosteniendo dos razones valederas: su estado de salud, aún convaleciente a una enfermedad que le hacía guardar cama, y su convencimiento de que Santiago no tenía facultades para elegir ni designar al representante de la provincia de Concepción.

Se le contra argumentó señalando que la objeción de fondo no era legítima, desde el momento que Concepción siempre había reclamado por una representación en el Gobierno Central y que el Congreso, que había ratificado estas designaciones, representaba la opinión y voluntad de todo el país.

***“Contesté, escribe O'Higgins, que por evitar los males de la anarquía aceptaba el cargo, bajo la condición precisa de consultar sobre el particular a la Provincia de Concepción”.***

Concepción aprobó este nombramiento. Se inicia, entonces, en la junta, una relación de trabajo entre O'Higgins y Carrera, desarrollada en términos de cordialidad y entendimiento.

Don Gaspar Marín había aceptado integrar la Junta declarando que no estaba dispuesto a tolerar demasía alguna de los hermanos Carrera, disposición que puso rápidamente de manifiesto al tratarse la incorporación de José Miguel al ejército y el ascenso militar de Juan José y Luis. Marín se negó a firmar los decretos pertinentes. En cambio, O'Higgins firmó sin objeción dichas resoluciones para designar a José Miguel, como Teniente Coronel, ascender a Brigadier con sueldo de Coronel a Luis Carrera, entonces de veintidós años de edad.

O'Higgins tampoco objetó los nombramientos de dos amigos personales de Carrera calificados como realistas e incorporados, ahora, al bando revolucionario: don José Miguel Infante y don Manuel Rodríguez Erdoíza, designado el primero como Juez Mayor de Policía y Seguridad Pública y el segundo como Secretario de la Junta.

Las excelentes relaciones de O'Higgins y Carrera en estos meses fueron, sin embargo, seriamente conturbadas por la acusación de Carrera en contra de don Juan Mackenna, como cómplice en una tentativa de privarlo de su calidad de miembro de la Junta.

El caso Mackenna fue el detonante de la primera ruptura de O'Higgins con Carrera, la que se profundizó cuando, después de haber logrado que el proceso se tratara en el Congreso, José Miguel resolvió, sin consultar a O'Higgins ni a Marín, sus compañeros en la Junta, la clausura de la Corporación, rodeando el edificio con fuerzas militares.

Tanto Gaspar Marín como O'Higgins renunciaron de inmediato. Carrera, fundamentalmente por temor a las reacciones que estos hechos provocarían en Concepción, visitó a don Bernardo en su lecho de enfermo, convenciéndolo de la necesidad patriótica de retirar la renuncia y llevar a Concepción, como plenipotenciario suyo, una propuesta para verificar un reajuste en las estructuras de gobierno, con el objeto de que ella fuera estudiada por la Junta Provincial que presidía Martínez de Rozas, y las aprobara o sugiriera los cambios que le parecieran pertinentes.

O'Higgins aceptó llevar estas proposiciones a Concepción, ya que había decidido retirarse por algún tiempo a su hacienda de las Canteras.

Sin embargo, sorpresivamente Carrera, sin haber esperado respuesta a la proposición hecha, dispuso un reforzamiento militar en la zona de Talca, medida que se tomó en Concepción como una virtual declaración de guerra.

O'Higgins se sintió burlado y usado por Carrera, en el carácter de plenipotenciario ante la Junta de Concepción que se le había conferido. La Junta provincial decidió, por su parte, actuar por las armas, llamando a O'Higgins para colaborar en la organización militar.

El intento de una solución pacífica entre Carrera y Martínez de Rozas fracasó y la movilización para un enfrentamiento armado se frustró por ambas partes.

La carencia de fondos para pagar el Ejército y los servicios públicos de Concepción, más que la influencia de Carrera, haría caer a Martínez de Rozas que, ya muy enfermo fue entregado a Carrera, el que dispuso su exilio a Mendoza, donde falleció al poco tiempo, en marzo de 1813, en San Vicente.

O'Higgins, después del desembarco de Pareja de Talcahuano y la toma de Concepción y Los Ángeles por su ejército, siguió el camino a Talca, utilizando las sendas cordilleranas para eludir las patrullas realistas.

Poco después de su llegada a Talca, arribó también a esta ciudad José Miguel, acompañado por el Cónsul norteamericano Joel Poinsett, que le servía de asesor militar.

Olvidando las diferencias recientes, O'Higgins se puso a las órdenes de Carrera. De inmediato se le confiara un pequeño grupo de soldados, con el cual se dirigió a la ciudad de Linares, donde se encontraba una avanzada realista. Esta primera acción militar de O'Higgins, la primera también de las fuerzas militares criollas, terminó con la rendición de la plaza.

La actitud de O'Higgins es una muestra temprana de su responsabilidad y de su generoso patriotismo, al posponer el orgullo y las diferencias ante el ideal de la independencia. Carrera, a su vez, evidencia el mismo nivel de entrega a una causa superior, sin recelos ni prevenciones.

Después de la sorpresa de Yervas Buenas, las fuerzas españolas se refugiaron en Chillán. El fracaso de Carrera, en San Carlos y luego en el sitio de Chillán, además de los desmanes cometidos por sus tropas en Concepción, determinaría su acelerado descrédito militar, aumentado por las intrigas de sus enemigos en Santiago.

Entretanto, la figura militar de O'Higgins había crecido sobresalientemente, en especial después de la sorpresa de Roble, en que Carrera, perseguido por el Coronel realista Olate, pudo salvarse sólo gracias a la magnífica cabalgadura que montaba y que le permitió atravesar el Río Itata (17 de octubre de 1813).

En medio del desbande que produjo el ataque realista, O'Higgins logró reunir doscientos hombres que se mantuvieron en combate durante una hora, hasta que decidió atacar, siempre a la vanguardia, frontalmente, a bayoneta calada, a las fuerzas realistas, que huyeron dejando ochenta muertos y armas. La acción heroica de O'Higgins, que fue herido de un balazo en un muslo, pasó rápidamente a destacarlo como soldado.

El parte de Carrera a la Junta, expresa su reconocimiento a la acción militar de O'Higgins:

*“No puedo dejar en silencio, dice, el justo elogio que tan dignamente se merece el citado O'Higgins, a quien debe contar V.E. por el primer soldado capaz por sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de glorias y triunfo del Estado chileno”.*

Mientras la figuración guerrera de O'Higgins se alzaba, el prestigio militar de Carrera seguía decayendo. Su cambio en la Comandancia en Jefe del Ejército parecía irrevocable. El rumor que llegó a sus oídos tenía, además, el agravante de un posible nombramiento, en su reemplazo, del Coronel argentino Marcos Balcarce, por quien no sentía simpatía alguna.

La nota de la Junta de Gobierno con que finalmente se le pidió la renuncia, fue entregada por José Miguel a la Junta Provincial de Concepción. El rechazo a la medida fue unánime, a la que contribuyó la opinión de O'Higgins, quien expresa a este organismo lo siguiente:

*“Es un dictamen que, sin perder un momento se represente al excelentísimo Gobierno de Chile la necesidad de no alterar el orden de los negocios presentes, ni menos varias la dirección de la guerra, quitándole un jefe tal utilísimo y necesario para la expulsión del enemigo que nos acecha en nuestras disensiones”.*

Pero Carrera, a través de su hermano Luis y antes de pronunciarse sobre la renuncia solicitada, dio a conocer a la Junta de Santiago su deseo de que el mando del ejército se pusiera en manos de O'Higgins. Este antecedente, deja de manifiesto la ninguna ingerencia que le cupo a don Bernardo en la defenestración de Carrera y que, por el contrario, no sólo rechazó el ofrecimiento del cargo, sino que después se resistió a asumirlo.

Las relaciones de Carrera y O'Higgins aparecen, hasta aquí, generosamente correspondidas, con olvido de los resquemores antiguos, como lo prueba la carta que José Miguel envía a la

Junta de Gobierno, aplaudiendo y destacando la personalidad de O'Higgins, cuando se le nombra como su reemplazante:

*“Aplauzo con singular regocijo y satisfacción la acertada elección y reconocimiento que se ha hecho en la digna persona del Coronel O'Higgins según me anuncia V.E., en su oficio del nueve del corriente”.*

Don Manuel Gandarillas, contemporáneo de los próceres y partidario incondicional de Carrera, publicó, en 1834, una colección de artículos en que ataca enojosamente a O'Higgins.

Sin embargo, refiriéndose a los vínculos que cultivaron ambos próceres dice:

***“No se sabe, pues, que hubiese motivo alguno de diferencia entre Carrera y O'Higgins, hasta fines de 1813. La enemistad que apareció después fue fomentada y aún forzada desde Santiago; de ella resultaron pérdidas en el ejército restaurador, que ocasionaron las del país entero, como se verá más adelante. Las calumnias contra los Carreras y las adulaciones a O'Higgins hicieron formarse dos partidos entre los ciudadanos, sin causa ni motivo público”.***

O'Higgins había resistido el nombramiento de General en Jefe, no sólo por adhesión a Carrera, sino que también por su conocimiento sobre el estado de las fuerzas patriotas. No se necesitaba una experiencia militar de excepción para advertir las dificultades que debía enfrentar en este mando que había comenzado, como lo esperaba, con la desertión de la oficialidad partidaria de Carrera y de la tropa más indisciplinada y licenciosa. Las condiciones del ejército patriota eran, además, tan miserables que hacen decir al padre Almirall, que sirvió de capellán a las fuerzas monarquistas, que todos andaban “rabiosos porque les adeudan sueldos, comidos de piojos y en cueros”.

La toma de Talca por los realistas, la muerte de Spano y de la mayor parte de los milicianos que defendían la ciudad, produjo un profundo desconcierto en Santiago. El Cabildo convocado para considerar la situación, decidió cambiar la Junta imponiendo como Supremo Director al Coronel Francisco de la Lastra, Gobernador, entonces, de Valparaíso.

Con el nombramiento de Lastra como Director Supremo se abre otra etapa en las relaciones de O'Higgins y Carrera.

En el trayecto de Concepción a Santiago, después que dejó el mando del Ejército, José Miguel fue apresado junto con su hermano Luis por los realistas y llevados como prisioneros a Chillán. Entretanto, se gestaba el Tratado de Lircay. De acuerdo a una de las cláusulas de este Tratado, que firmó Gainza en representación del Virrey y O'Higgins, y Mackenna en representación de Lastra, los prisioneros debían ser liberados por las partes contrastantes. No ocurrió así con José Miguel y Luis, en virtud de una petición reservada que habría hecho Lastra.

Los oficiales realistas Urrejola y Sánchez, más conocedores de la situación interna de Chile que Gainza, estimaban que la libertad de don José Miguel, más que su detención, favorecería los intereses monárquicos, ya que se le daba como un hecho cierto que pretendería recuperar el poder, creando un nuevo conflicto a las fuerzas patriotas. Facilitaron, en mérito de esta acertada estimación, el escape de ambos hermanos.

En Talca fueron recibidos cordialmente por O'Higgins, como huéspedes de su casa y luego les ayudó a continuar el viaje a Santiago, en contravención a las órdenes de Lastra, que reprueba esta amistosa actitud de O'Higgins.

Como se había previsto, Carrera dio un último golpe, deponiendo al Director Supremo Lastra y exiliando a Mendoza, a Juan Mackenna y a Antonio José Irizarri, sus enemigos más caracterizados. Luego formó una Junta integrada por él, Manuel Muñoz Urzúa y el cura Julián Uribe.

Carrera envió a don Diego José Benavente como emisario ante O'Higgins y Gainza. A O'Higgins le ofreció mantenerlo en el mando del Ejército siempre que reconociera a las nuevas autoridades. Mediante la nota a Gainza, ratificaba el tratado Lircay, que recientemente había censurado acremente y que fue una de las razones que esgrimió para derrocar a Lastra.

La Junta de guerra con sus oficiales, convocada por O'Higgins, rechazó la proposición de Carrera. Lo mismo hizo el Cabildo de Talca, ante la ilegitimidad de la nueva Junta. Aún más, se tomó la decisión de llegar con el ejército hasta Santiago para el restablecimiento del gobierno derrocado.

O'Higgins cometió la imprudencia de avanzar a Santiago con cuatrocientos cincuenta soldados, dejando el grueso del ejército entre Rengo y Mostazal. Fue rechazado por las fuerzas de mil quinientos milicianos al mando de don Luis Carrera en los alrededores de Santiago, en el sitio denominado las Tres Acequias, el 23 de julio de 1814.

Cuando se preparaba nuevamente para seguir a Santiago con todo el ejército, para un enfrentamiento decisivo con las tropas de Carrera, conoció el ultimátum del General Osorio dirigido "a los que mandan en Chile", desahuciando, a nombre del Virrey, el Tratado de Lircay y dando un plazo de 10 días para que se sometieran a la autoridad de la monarquía.

Aquí se muestra muy palpablemente el carácter tan diverso de ambos personajes. Mientras O'Higgins lee el ultimátum y permite el paso del parlamentario de Osorio hasta Santiago, sopesando la gravedad de la amenaza de la más formidable expedición realista organizada hasta entonces, Carrera no sólo encarcela al emisario, sino que da una respuesta al General español tan soberbia como ajena a la realidad:

*"La nueva agresión de usted lo hará criminal delante de Dios, del Rey, del mundo entero, si en el momento no desiste (desamparando nuestro territorio) de un proyecto vano y que será confundido a impulsos del gran poder a que se ha elevado la fuerza de Chile, puesto en*

*movimiento los copiosos recursos de que un gobierno débil no supo aprovechar oportunamente”.*

Todas las fuerzas de Carrera consistían en mil milicianos a caballo, sin disciplina, más unos ochocientos desertores del ejército del sur, incapaces de resistir a una o dos divisiones de Osorio.

O’Higgins que contaba con mil novecientos hombres, ya experimentados en la guerra, midió con exactitud el problema de las fuerzas patriotas y el triunfo seguro de Osorio al enfrentar a estos contingentes divididos.

Propuso entonces, sin dilación, a Carrera la formación de un gobierno provisional, sugiriendo que ambos renunciaran a sus cargos, como una fórmula de unificación de los ejércitos para enfrentar a Osorio.

Carrera ridiculizó, en su Diario, la proposición de O’Higgins, escribiendo:

*“No puedo llegar a más la estupidez del señor General; seguramente se le pasmó la cabeza desde que mandó en Jefe. Pedir al ejército victorioso, al ejército que había doblado sus fuerzas, que trabajase por destruirse, es cosa que el tal O’Higgins solamente podía proponer”.*

Nuevamente O’Higgins, anteponiendo el sentido de Patria a cualquier interés personal, aceptó reconocer el mando pleno de Carrera, sin otra condición que los oficiales y soldados de su ejército no fueran perjudicados en su carrera.

Este acuerdo de conciliación entre Carrera y O’Higgins fue profusamente informado en Santiago y ambos jefes, mostrando un entendimiento cordial, recorrieron las calles de la ciudad y revistaron las tropas.

Una vez que, bajo la organización y planificación de San Martín, las fuerzas militares estuvieron en condiciones de expedicionar a Chile, comprometer e interesar a empresarios marinos, viajar con destino a Chile e incorporarse a la lucha por su Independencia. O’Higgins fue nombrado Brigadier del Ejército de los Andes. Carrera, emprende, al mismo tiempo, su extraordinaria aventura en los Estados Unidos. Sin conocer el idioma, sin recursos, sin más contactos que los recomendados por su amigo Poinsett, logró interesar a armadores norteamericanos para enviar barcos con armas y voluntarios destinados a la liberación de Chile, arribando a Buenos Aires cuando se efectuaba el paso de los Andes, luego de desbaratarse el destino original de los barcos, por la intervención de las autoridades argentinas, Carrera debe refugiarse en Montevideo.

Curiosamente, el tiempo que Carrera permaneció en Norteamérica, un año aproximadamente, (1816) permitió a San Martín y O’Higgins organizar, sin grandes problemas, el Ejército de Los Andes y consumir el triunfo de Chacabuco.

Instalado O'Higgins como Director Supremo, recomienzan las dificultades con el sector partidario de Carrera. En Argentina se descubre un complot contra San Martín y O'Higgins, con el rumor, incluso, de planearse el asesinato del General argentino.

Entre los conspiradores, fueron procesados Manuel Rodríguez, Antonio Díaz Núñez y Manuel José Gandarillas, que esperaban el ingreso clandestino a Chile de Juan José y Luis.

Tanto San Martín como O'Higgins bajaron en Chile el perfil del complot, con el ánimo de no crear sobresaltos perturbadores en la opinión pública, que dañarían los preparativos del proyecto de la Expedición Libertadora del Perú. Se estimó suficiente que Rodríguez hiciera una insólita declaración pública, uno de cuyos párrafos dice:

***“Me público un vil esclavo español, si no detesto firmemente todo movimiento contra el orden...”***

Los hermanos Juan José y Luis habían sido detenidos en Mendoza, como consecuencia de la misma tentativa de golpe, bajo los cargos de conspirar contra el Gobierno de Chile y, en el caso de Juan José, además del asesinato de un muchacho que le acompañaba y en el de Luis, de haber violado una valija de correos.

Lo que realmente interesaba a O'Higgins y San Martín era mantener a los hermanos Carrera alejados de toda participación política en Chile que perturbara los planes trazados. La muerte de cualquiera de ellos produciría de modo inevitable reacciones que serían lesivas a la planificación tan cuidadosamente elaborada para el mantenimiento de la paz entre los patriotas.

Lamentablemente para los hermanos Carrera, a consecuencia del desastre por las tropas chilenas en Cancha Rayada, (17 de marzo de 1818) huyó del país uno de los personajes más siniestros de la época de la Independencia, don Bernardo de Monteagudo, quien a su maldad, cobardía y espíritu de intriga agregaba, sin embargo, una condición intelectual superior que lo hacía más peligroso aún.

Monteagudo, creyendo definitivamente derrotadas las fuerzas revolucionarias en Chile, llegó a Mendoza para incorporarse con facilidad en el equipo del Gobernador Luzuriaga.

Para congraciarse, después, con O'Higgins y San Martín, pasó a convertirse en el verdugo de los infelices hermanos, que habían agravado considerablemente su situación al descubrirse no sólo un proyecto de fuga, sino un plan mayor, fraguado por ellos, contra el propio Gobernador.

La intervención de Monteagudo, principalmente, llevaría el proceso contra los hermanos Carrera, a un fallo de condenar a muerte.

Después del triunfo de Maipú, la cónyuge de don Juan José solicitó clemencia para su esposo al General San Martín. Este pidió a O'Higgins interceder ante el Gobernador de Mendoza.

O'Higgins accedió sin tardanza a esta petición.

Se ha sostenido por algunos autores que el mensajero portador de la carta de O'Higgins había retardado deliberadamente, en concomitancia con el Director Supremo, su viaje a Mendoza, llegando a esa ciudad cuatro horas después del fusilamiento.

Veamos primeramente la carta de O'Higgins a Luzuriaga:

*“La madama de don Juan José Carrera, interponiendo la respetable mediación del Excmo. Capitán General, ha solicitado se sobresea la causa que se sigue a su esposo por este gobierno, a que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino ni a las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando el gobierno justo que el placer universal de la victoria, no alcance a esta desconsolada esposa. En consecuencia, este gobierno suplica a V.E., que, a favor del citado, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así a él como a su hermano aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta”.*

Los hermanos Carrera fueron fusilados el 8 de abril de 1818.

La señora Ana María Cotapos obtuvo la recomendación de San Martín tres días después, el día 11 del mismo mes.

La información recibida en Mendoza, horas después del fusilamiento de los Carrera, corresponde a la noticia llevada por el Sargento Mayor don Manuel Encalada sobre el triunfo de Maipú y es la que ha dado origen a la mala interpretación aludida.

La muerte de sus hermanos produjo una violenta reacción, de indignación y dolor, comprensible y natural en don José Miguel, que distribuiría desde Montevideo diversas proclamas, pidiendo la muerte de quienes llamaba los asesinos de don Juan José y Luis: Pueyrredón, O'Higgins, San Martín y Luzuriaga. Además, en acuerdo con su hermana, doña Javiera, organizó un nuevo complot contra a San Martín y O'Higgins, comprometiendo a algunos aventureros franceses y a un chileno en dicha empresa, que fue descubierta en Argentina.

Uno de los franceses fue muerto al oponer resistencia a su detención, dos fueron condenados a muerte y tres expulsados del país. El chileno fue absuelto.

Se ha querido responsabilizar a O'Higgins de las muertes de los hermanos Carrera y de Manuel Rodríguez, y se recuerda el traslado de la cobranza por los gastos de fusilamiento de Luis y Juan José, a su padre don Ignacio Carrera.

O'Higgins fue sometido a un juicio de residencia, durante seis meses, después de su abdicación y se le mantuvo, incluso, con detención domiciliaria en Valparaíso. Los miembros del Tribunal, eran, salvo uno, enemigos políticos suyos. Pero de este juicio no resultó cargo alguno, de ninguna naturaleza en su contra.

El traslado de la cobranza de los gastos del fusilamiento, mediante una providencia de mero trámite, pudo ser una inadvertencia. Pero quisiéramos aceptarlo como una desconsideración censurable, producto de las pasiones y convulsiones a las que tanto O'Higgins como Carrera no fueron capaces de sustraerse y que deben tenerse como propias del aprendizaje republicano.

Una visión integral de nuestros próceres, bajo una perspectiva humanista, debía estar presidida por un ánimo distinto al que ha regido en Chile en la consideración de los personajes históricos, debiendo medirse las circunstancias en que vivieron, objetivamente, desarraigando los odios y las pasiones de círculos que sólo disminuyen la estatura que merecidamente tienen como padre de la patria en que vivimos.

O'Higgins y Carrera son las figuras emblemáticas de la Independencia. Carrera es incuestionablemente el personaje histórico dominante de la Patria Vieja, como lo es O'Higgins, sin ninguna duda, en la Patria Nueva y la definitiva consolidación republicana.

Ambos lucharon por un ideal común.

Ambos, desde el inicio de la participación pública que les cupo, fueron partidarios de la Independencia total de España.

Ambos fueron declaradamente contrarios a toda idea monarquista, que impulsaron decididamente otros próceres americanos, como San Martín.

Ambos sacrificaron sus intereses personales en función de la lucha libertaria.

Su recompensa fue la muerte y el exilio, que es una manera más lenta de morir.

Ambos, en fin, fueron víctimas -como otros- de su patriotismo infortunado.